

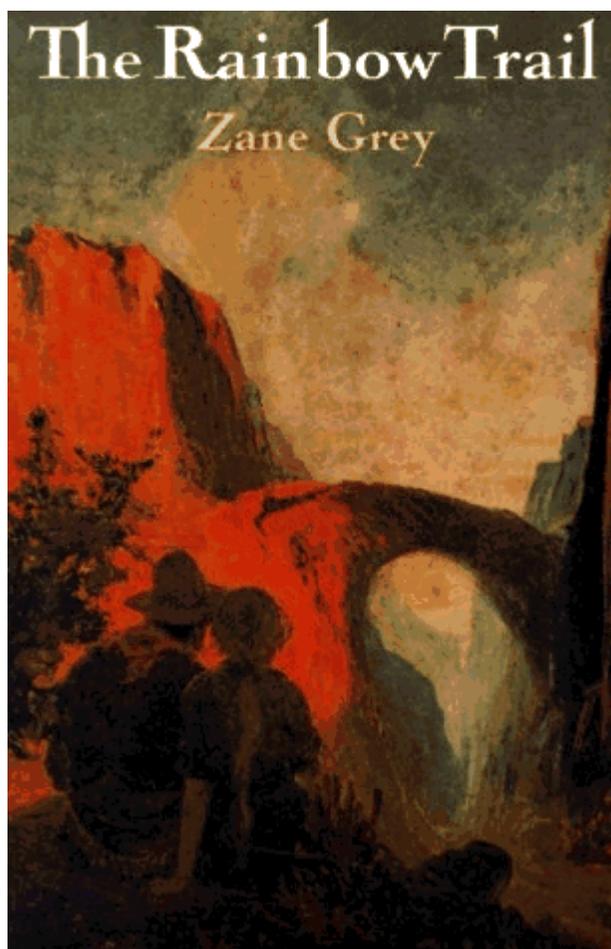
**LIBRO** dot.com

---

EL CAMINO DEL ARCO IRIS

---

Zane Grey



Digitalizado por **LIBRO** dot.com  
<http://www.librodot.com>

## I

Shefford detuvo su cansado caballo y contempló con ojos de asombro el paisaje.

Ante él extendíase una ladera de artemisa que bajaba con suaves ondulaciones hacia Laguna Roja, un cauce seco, desnudo y rutilante, una especie de agujero abierto en el erial, una puerta solitaria y desolada en la vasta y abrupta región selvática, allende la altiplanicie.

Shefford había caminado penosamente durante toda la larga jornada, teniendo siempre ante sí la baja línea del horizonte cual ilusivo espejismo jamás alcanzable. Durante los días anteriores había cabalgado por las desnudas colinas y dunas del desierto, y siempre habíanle engañado las distancias.

Cien millas de camino a través del desierto, con los errores y crueles lecciones que experimentara, no le habían preparado para lo que, de pronto, ofrecíase a su mirada atónita. Ante él se extendía un mundo en que todo era magno. Maravillado e impresionado a la vez a causa de la terrible belleza del panorama, Shefford cayó en graves meditaciones. Aquella oscura e ignorada región parecía lanzarle una amenaza. Una irresistible llamada habíale llevado hacia aquella fragosa frontera de Arizona, aquella especie de derruida muralla almenada de las altiplanicies del Estado de Utah. Semejaba un enorme gigante dormido que frunciera el ceño avisándole que no debía aventurarse a buscar lo que se ocultaba tras sus fragosidades. Shefford sintió la intensa emoción del miedo y del triunfo. Aquélla era la región que le habían descrito. Más allá del valle rojo, muy lejos, tras la escabrosa línea de la meseta negra y de la amarillenta cordillera, hallábase el solitario cañón con su obsesionante secreto.

Laguna Roja significaba para él un nuevo Rubicón. O lo cruzaba para penetrar en lo desconocido, aprestándose a la oscura, peligrosa lucha, o se volvía atrás, fracasado, para ignorarlo y sufrir siempre la misma barrenante obsesión. La extraña historia de un amigo impulsóle a aquel singular viaje; un arco iris maravilloso decidióle con su misterio y su promesa a correr la aventura. Por vez primera en su vida había respondido a la llamada del reino de la aventura, y por primera vez también habíase sentido feliz. Mas ante el terrible aspecto de la ignota región, tan súbitamente hallada, invadióle un frío mortal; vacilo contra la fatal atracción y, como impelido por una fuerza superior, espoleo el caballo y bajo por la arenosa senda. Era aún el mes de abril, y con el sol poniente iba descendiendo la temperatura y aumentando el crepúsculo. Ante él alargábanse las sombras, y la artemisa, escasa en aquella ladera, tomaba un

tinte grisáceo. Las innumerables lagartijas corrían a su paso como flechas hacia sus escondrijos, y en los secos arbustos oíase la precipitada fuga de las ratas. El aleteo de un halcón que volaba a poca altura asusto al caballo.

Como olas del mar subía y bajaba la ladera al paso de Shefford, y cada vez escaseaba más la vegetación en el arenoso suelo. La eminencia final de la ladera era una duna de arena que formaba hermosas líneas de sutiles ondulaciones, y desde la cresta, semejante al filo de un cuchillo, elevábase, impelida por el viento, una tenue nube de fina arena. Shefford se preguntó por qué tendría el paisaje una acentuada tonalidad roja visto a distancia, predominando de cerca el color gris o blanco.

De pronto el caminante se dio cuenta de que de la soledad de la ladera surgía una casa. Al avanzar vió que el edificio dominaba la alta pendiente. De construcción sencilla, de aspecto solitario y amenazador, la casa formaba una singular armonía con el terreno circundante. El edificio era de forma octogonal, hecho de piedra no labrada, y parecía un fuerte. Las paredes que se veían desde la parte por donde venía Shefford no tenían puerta alguna, sino pequeñas aberturas a modo de ventanas o troneras.

Pertenecía la casa, especie de avanzada en la desierta región, al traficante Presbrey, del que Shefford había oído hablar en Flagstaff y Tuba. Mas no vió señal de vida en la vivienda, que, por su aspecto de abandono, antojábasele adusta y repelente. ¿Era posible que hubiera quien viviese allí? La agreste naturaleza del valle y de la ladera parecía indicar lo contrario; el espíritu siniestro del lugar

vagaba en el silencio y en el espacio. Shefford no pudo menos de reflexionar con tristeza que sus enemigos, si hubiesen podido, habríanle desterrado precisamente a un paraje tan infernal. Pensó con amargura en la congregación de mentalidad estrecha que le hizo fracasar en su ministerio, que repudió sus ideas acerca de la religión, de la inmortalidad y de Dios, obligándole a dejar, a los veinticuatro años de edad, la carrera a la que, sin vocación, obligado por los suyos, se dedicara. De niño soñó con ser artista, mas su familia le hizo sacerdote de la religión luterana; el destino le convirtió en un fracasado. Pero Shefford no creía estarlo totalmente, pues durante los largos días y silenciosas noches del desierto asistió con extraña emoción al renacimiento de sus esperanzas. El espíritu de la aventura le embargaba, aunque la suya era una vaga esperanza, el sueño de una promesa, una meta final ignorada que fortalecía sus locos impulsos.

Al doblar la esquina de la casa, su montura relincho. Una jaca peluda se encabrito al verlos y casi hizo caer al suelo una manta roja de largo pelo que cubría su silla india. El ruido de cascos de caballo desvió la

atención de Shefford hacia un corral cercado con estacas, y en él vio otra jaca.

Oyó voces quedas y se dirigió a una puerta abierta. En el interior, sumido en la oscuridad, vio vagamente el contorno de muebles, pero no a las personas que había oído hablar. Dio la vuelta a la casa y halló otra puerta, abierta también. Al entrar en la habitación, más clara que la otra, sorprendióle ver a un hombre luchando con una muchacha..., una india. La joven forcejeaba frenéticamente, jadeante, por librarse del abrazo del hombre, cuyo rostro expresaba insana pasión. La escena afectó a Shefford, porque las emociones primitivas eran nuevas para él.

Antes de que pudiese hablar, la india logró soltarse y huyó. Shefford vio la llama del terror en sus ojos. Como un mastín echó el hombre a correr tras ella. Instintivamente alzó Shefford el puño y descargó tal golpe sobre él que lo hizo rodar por el suelo, donde permaneció largo rato. Por fin se incorporó, llevóse la mano a la cabeza y miró a Shefford, lleno de asombro y de ira.

-Espero que no seáis Presbrey - dijo Shefford lentamente, un poco embarazado y sin saber qué hacer.

El otro estuvo a punto de hablar, pero se callo. Tenía la boca y la mano llenas de sangre, y al ponerse de pie, su furor trocóse en vergüenza. Era un hombre alto, un poco grueso, y el esmero y pulcritud que se advertían en él indicaban que no se trataba de un hombre dedicado a los rudos trabajos de la montaña y del desierto. Formaba un gran contraste con las demás personas que Shefford hallara de vez en cuando en su camino durante el largo y penoso viaje. El desconocido salió de la habitación sin decir una palabra. Shefford le siguió y vio que sacaba la otra jaca del corral y que echaba a andar llevándola de la brida hacia el sur. Al llegar al nivel de la laguna seca, donde evidentemente el suelo era duro, el hombre montó la jaca y la puso al trote, alejándose gradualmente.

-¡Pues no entiendo nada! - exclamó Shefford, quien no sabía qué pensar de aquella aventura.

Mirando en torno suyo dióse cuenta de que la joven india estaba sentada sobre un montón de mantas, junto a la pared de la casa. Shefford la contempló con curiosidad. Tenía la joven el cabello negro como el azabache; iba desgredada y llevaba en la frente una cinta blanca algo sucia. El color del rostro no era ni rojo ni bronceo; aunque oscuro, tenía un leve matiz dorado. El perfil era limpio, de líneas agudas, casi austeras. Largas y negras pestañas velaban sus ojos. Llevaba la muchacha un corpiño de terciopelo muy ceñido, abierto en los costados, por cuyas aberturas veíase su piel, más intensamente dorada que la de su rostro. Una hilera de

adornos de plata y de abalorios azules rodeábale el cuello y movíase suavemente al vaivén del agitado pecho. La falda era de percal de vivos colores, pero muy gastada y sucia. Sus diminutos pies llevaban oscuras abarcas de piel de gamo, ceñidas como guantes y provistas de cierres que figuraban una moneda de plata.

-¿Conocéis a ese hombre? ¿Os ha hecho daño? -  
pregunto Shefford señalando al mismo tiempo, valle abajo,  
un bulto negro que avanzaba sobre la desnuda arena.

-No sé - replico la india.

-¿Dónde está Presbrey, el traficante?

-Allí - dijo la muchacha señalando hacia la laguna seca.

En el centro de la desaparecida laguna había una pequeña balsa de agua cuya superficie brillaba al reflejo

de los últimos rayos del sol. En torno de la balsa movíanse pequeño! objetos, tan pequeños que Shefford creyó que se trataba de varios perros guiados por un niño. Pero nuevamente la distancia le engañaba. Allí, junto a la balsa, había un hombre que abrevaba a sus caballos. Esto recordó a Shefford su deber para con su cansada y sedienta montura. Desatóle las alforjas, le quito la silla y, disponíase a llevarla pendiente abajo, cuando la india le tomó la brida.

-Yo ir - dijo, chapurreando el para ella difícil idioma inglés.

En aquel momento Shefford pudo ver los ojos de la muchacha. Eran tan negros como sus cabellos. El joven no sabía decir si la india le parecía hermosa o no.

-Muchas gracias, pero prefiero ir yo mismo - contesto, y volvió a coger la brida.

A poco de su descenso por la ladera tropezó con latas vacías que, medio enterradas, asomaban por todas partes en la arena. Aquellas latas de conserva vacías eran la prueba del modo de vivir del traficante. Volviéndose un poco vio que la india le seguía con su jaca. Mirándola así, de abajo arriba y a contraluz, la vio esbelta, ágil, pintoresca. A distancia, ciertamente le gustaba.

Continuo caminando por el arenoso suelo, hundiéndose a cada paso, y se alegro cuando piso por fin el duro terreno del fondo del valle. La tierra de la antigua laguna era también arena, pero dura, resistente y de color rojo. Seguramente, durante cierta época, todos los años debía cubrirse de agua aquella hondonada. ¡Cuán ancha y vacía estaba ahora! La distancia desde el borde al centro, donde estaba la balsa, parecía corta; sin embargo, Shefford anduvo más tiempo del que creía necesario, y al fin vio que desde la balsa venían a su encuentro. Cuando hubo caminado un poco

más distinguió a un hombre joven, fuerte y arrogante que llevaba dos jacas de la brida.

-Supongo que sois el señor Presbrey, el traficante, ¿verdad? - le dijo Shefford cuando se encontraron.

-Soy Presbrey, en efecto; pero apead el tratamiento - replicó el interrogado.

-Me llamo Shefford. He recorrido un poco el desierto; acabo de venir de Tuba.

-Me complace veros - replicó Presbrey, y le ofreció la mano-. Ojalá viniesen aquí, a Laguna Roja, más viajeros -añadió -. El sitio es excelente.

-Lo encuentro un poco... solitario - objetó Shefford vacilando, sin saber que decir.

En aquel momento llegó la joven india. Presbrey le dirigió la palabra en su idioma, que Shefford no comprendía. La india mostrábase tímida y no contestaba a las preguntas del traficante. Bajó la mirada y, ante la insistencia de Presbrey, señaló la parte baja del valle y llevó su jaca a la balsa.

Presbrey miró atentamente hacia el punto negro que se alejaba por el sitio del valle señalado por la india.

-Ese hombre se ha ido... así... de sopetón - dijo Shefford, un poco azorado-. ¿Quién es?

-Se llama Willets. Es un misionero. Llegó esta mañana con esa india de la tribu de los navajos. Iba a llevarla a Cañón Azul, donde él vive y donde predica a los indios. Le he visto pocas veces. Son muy pocos los hombres blancos que vienen por aquí. Willets es el primero que he visto en seis meses, vos sois el segundo. ¡Dos en un día! ... Laguna Roja está haciéndose popular. Sí, sí, ha sido un poco raro su modo de marcharse. Iba a quedarse esta noche. No hay otro lugar donde pueda pernoctar. De aquí a Cañón Azul hay cincuenta millas.

-¡Siento que... pero no, no lo siento!... He sido la causa de la inopinada marcha del señor Willets - replicó Shefford.

-¿Cómo ha sido eso? - preguntó el traficante. Shefford le relató el incidente acaecido a poco de llegar el a casa de Presbrey.

-Tal vez procedí con demasiada precipitación - terminó en son de excusa-. No me detuve a reflexionar. Mi actitud me sorprendió a mí mismo.

Presbrey no hizo ningún comentario, y nada se podía colegir de la impasible expresión de su rostro.

-Me gustaría saber lo que significaba aquello - siguió Shefford-. Soy

forastero aquí; desconozco las costumbres de los indios; pero no soy tonto, y si Willets no intentaba nada malo, por lo menos mostrábase muy brutal.

-Estaba enseñando su religión a la joven. - El tono de Presbrey era un tanto socarrón, mas su rostro seguía impassible.

Sin comprender exactamente por que, Shefford tuvo la convicción de que aquel hombre aprobaba su conducta; pero, de pronto, entendió bien el alcance de la respuesta de Presbrey y se disgustó.

-Yo soy... he sido ministro del Señor -exclamó-. Lo que insinuáis parece imposible. No puedo creerlo.

-No he insinuado nada -replicó el traficante ásperamente-. ¿Conque sois predicador?... ¿Habéis venido aquí para convertir a los indios?

-No. He dicho que he sido ministro. No lo soy. No soy más que... un caminante.

-¡Ah! Bien; el desierto no es lugar adecuado para los misioneros, pero es bueno para los caminantes... Id a abreviar vuestro caballo y luego llevadlo al corral. Encontrareis allí heno. Mientras tanto, voy a preparar la comida.

Shefford se dirigió con su montura a la balsa. El agua de esta parecía espesa, verde, fangosa, y en los bordes había una tenue costra de sal. El sediento caballo entró ávidamente en la balsa y bajó la cabeza, pero no bebió. Bajó la cabeza muchas veces, hasta que por fin la sed le obligó a beber, mas no bebió mucho. Shefford vio que la india sorbía agua en el hueco de su mano, y la imitó. Encontró el agua detestable, de un gusto a podredumbre. Cuando Shefford encaminóse ladera arriba, la joven le siguió.

La subida fue penosa; habíase levantado un viento fresco que barría la arenilla y formaba nubes de polvo que, a veces, obstruían completamente la vista. Cuando al fin llegó y encerró su montura en el corral era casi de noche; sólo en la parte del oeste veíase aún cierta claridad. La india dejó su jaca también en el corral y acercóse a la casa como una sombra.

Shefford tardó algunos minutos en hallar la escalera que conducía al piso. Por fin la encontró, y poco después entraba en una habitación grande, iluminada por dos lámparas. Presbrey estaba allí, haciendo tortillas de harina en una sartén.

-Poneos aquí a vuestras anchas - dijo al recién llegado.

Shefford contempló la estancia, que ocupaba la mitad del octógono que formaba la casa. Tenía una puerta en la parte que daba al valle y, además, dos ventanas.

La vivienda resultaba más atractiva y cómoda de lo que hacía suponer su

aspecto exterior. El mobiliario consistía en dos grandes alfombras indias, dos camas, un escritorio, una mesa, varias sillas, un estante lleno de rifles, innumerables cintos, bridas adornadas de plata, varios objetos indios colgados de las paredes... En un rincón había un horíro de leña sobre el cual hervía la tetera. A un lado veíase una alacena repleta de alimentos en conserva.

Shefford dirigióse a la puerta y se asomó. Vió abajo a la india sentada sobre una manta, silenciosa e inmóvil.

La ladera y el valle estaban sumidos en la oscuridad; una pálida estrella brillaba sobre el borde de la montaña. El silencio del paraje infundíale a Shefford un vago temor, mas, al escuchar, oyó vagamente un murmullo quejumbroso, intermitente, apenas perceptible y muy en consonancia con la tristeza que inspiraba el lugar. No podía ser sino el murmullo del viento y, sin embargo, le impresionó hondamente. Era un viento distinto del que sonaba cual suave música en las hojas de los árboles de su casa, en Illinois. Este otro viento era sugeridor de extrañas soledades; hablaba del hambre del destierro y de algo que Shefford no sabía precisar.

-Bueno, la comida está casi hecha - dijo Presbrey, interrumpiendo las meditaciones del forastero.

-¿Tenéis agua? - preguntó éste.

-Sí, en aquel cubo. Es agua de lluvia; tengo una cisterna.

Después de quitarse del rostro la arenilla y el polvo alcalino, Shefford sintióse otro hombre.

-Más os valdrá no lavaros la cara con demasiada frecuencia en estos contornos; mal plan es ése - avisó el traficante al observar con qué cuidado efectuaba su huésped sus abluciones -. Bueno - añadió -, ahora ¡ a comer!

Shefford reparó que el traficante, si bien llevaba una vida solitaria, se trataba a cuerpo de rey. Había puesto en la mesa más del doble de comida que entre los dos podrían consumir. Era la primera vez, desde hacía muchos días, que Shefford volvía a sentarse ante su mesa, por lo cual trató de recuperar lo perdido. La actitud de su anfitrión indicaba complacencia; sin embargo, su rostro continuaba impasible. Terminada la comida, Presbrey bajó alimento a la india y dispuso un sitio para que pudiera pasar la noche. Después quitó la mesa y fregó los enseres con la habilidad de una excelente ama de casa. Luego cargó la pipa y pareció dispuesto a escuchar.

Shefford se dio cuenta, por las preguntas que le dirigió, de que Presbrey estaba hambriento de noticias del mundo, y durante una hora alimentó su hambre espiritual, como el otro había hecho con la suya material. Mas cuando ya nada quedaba por contar, parecióle que el

traficante aguardaba aún algo más.

-¿Cómo habéis llegado aquí? - preguntó Presbrey al callar Shefford.

-Vía Flagstaff, cruzando el pequeño Colorado y por Moencopie.

-¿Os habéis detenido en Moen Ave?

-No. ¿Qué lugar es ése?

-Allí vive un misionero. ¿Os habéis detenido en Tuba?

-Sólo el tiempo necesario para beber y abreviar mi

caballo. Para estar en el desierto, el manantial de Tuba es maravilloso.

-Habéis dicho que sois caminante... ¿Queréis un empleo? Yo os podría dar trabajo.

-No, gracias.

-Vi vuestro equipo. No sirve para viajar por este país. Tampoco vuestra montura os durará por estos andurriales. ¿Tenéis dinero?

-Sí, lo tengo en abundancia.

-Bien, eso es bueno. No porque os vaya a cobrar algo ningún hombre blanco de por aquí, pero podréis comprar a los indios en caso de necesidad. ¿Adónde vais, vamos a ver?

Shefford vaciló; reflexionó si debía revelar o no sus propósitos. Su anfitrión no insistió.

-Bueno, ya entiendo. No os impulsa más que el deseo de vagar - continuó el traficante -. Comprendo muy bien la atracción que debe de ejercer sobre vos la soledad del desierto. Los predicadores suelen llevar una vida fácil y segura, pero demasiado sujeta. Están encerrados en un templo, con la Biblia y gente buena. Cuando, por rara circunstancia, rompen las cadenas, se libertan de verdad.

-Sí, eso me ha ocurrido a mí... - replicó Shefford con tristeza. Pareció hundirse por un momento en el pasado, sin reparar en la aguda mirada del traficante. De pronto, volvió al presente y se rehizo -. Quisiera conocer la vida selvática. ¿Conocéis la región más al norte?

-Sólo por lo que me cuentan los navajas, que no son muy comunicativos. Hay una senda hacia el norte, pero nunca la recorrí. La senda varía cada vez que la emprende un indio, porque la arenilla llevada por el viento cubre todas las huellas poco después. Sin embargo, pocos son los navajas que bajan del norte. Yo trafico, sobre todo, con los indios de la parte alta y baja del valle.

-¿Hay hierba y agua?

-Hemos tenido este invierno nieve y lluvia. Agua debe de haber en toda la región. En cuanto a la hierba, nada puedo decir, aunque las ovejas y las jacas que vienen del norte siempre están gordas... Pero (perdonadme el consejo) no intentéis penetrar en el norte.

-¿Por qué? - preguntó Shefford, muy emocionado.

-Es una región desconocida, muy abrupta, como podéis ver desde aquí, y en los cañones se ocultan indios malos. No he visto aún ningún blanco que haya cruzado el desfiladero de aquí a Kayenta. Sé que el viaje se ha hecho, de modo que debe haber una senda, pero es un camino peligroso para los del país, y mucho más para un bisoño como vos. Ni siquiera lleváis revólver.

-¿Qué sitio es ese de Kayenta -preguntó Shefford.

-Es un manantial. Kayenta significa «Fuente sin fondo». Hay allí una pequeña factoría, la última y más avanzada de la parte norte de Arizona. Withers, el traficante que vive allí, va a buscar las provisiones a Colorado y a Nuevo Méjico. Nunca ha bajado hasta aquí. Sólo le conozco de oídas. Creo que ha de ser un hombre fuerte y valiente, para sostenerse en aquel lugar. Si queréis ir allí, más vale que vayáis vía Cañón de Keams y deis luego la vuelta al pie de la Meseta Negra. La caminata es larga..., tal vez doscientas millas.

-¿Y en línea recta vía desfiladero?

-No sé. Tal vez unas setenta y cinco millas, más o menos, de escabrosas sendas..., si es que hay sendas... He oído hablar de una tribu de navajas buenos que vive allí, que posee ovejas y caballos en abundancia. Lo que sé positivamente es que la región alberga a indios perversos, a mestizos y proscritos de toda ley. Algunos me han visitado. Malos clientes son. Además, si vais allí, tendréis que entrar en el Estado de Utah, y los mormones no son actualmente muy amigos de los gentiles.

-,Por qué?-preguntó Shefford, sintiendo nuevamente una extraña emoción.

-El Gobierno los persigue.

Shefford no se atrevió a hacer más preguntas, y su anfitrión decayó un poco. Luego, Shefford se informó acerca de la muchacha india, enterándose de que vivía en alguna parte del valle. Presbrey no la vio hasta que Willets la trajo a Laguna Roja. También se enteró de que Presbrey era relativamente nuevo en Laguna Roja y su región, y Shefford preguntábase por qué una estancia de seis meses sin compañía alguna, completamente solitario, no había dado al traficante más experiencia del país. Probablemente era que el desierto no comunicaba sus secretos fácilmente. Por añadidura, aquella casa de Laguna Roja era únicamente una sucursal de la factoría de Presbrey, la cual se hallaba en Fuente del Sauce, a cincuenta millas al oeste, al otro lado de la meseta.

-Voy a cerrar esta casa durante una buena temporada-dijo Presbrey, y su impassible rostro perdió algo de su rigidez, tomándose más suave- En

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

